

DOS DIMENSIONES DE AMERICA (1)

AMERICA, CIVILIZACION DE HELICOPTEROS

Por Cayetano Betancur

América surge a la historia cuando la cultura europea pretendía precisamente hacer un retorno a la antigüedad clásica. Es la época del Renacimiento y por doquiera aparece en Europa ese nuevo aliento para la creación, para mirar el mundo y para dejarse impresionar por lo que en él existe de ensoñación y maravilla.

Pero el europeo creía con error que el medio más alto para despojarse de la tradición medioeval, era justamente el regreso a la belleza clásica, belleza en el hablar y en el hacer, belleza que se revela en el diálogo platónico, en la poesía pindárica, en la estatuaria y en la arquitectura. Pero este recuerdo de las pasadas gestas estáticas condujo a un equivocado concepto del arte y de la vida, equivocado nó porque lo fuera en sí mismo, sino en cuanto pretendía ser un retorno, y en la historia universal no se dan retornos, no se conocen reviviscencias.

Así el arte del Renacimiento, tratando de copiar los ilustres ejemplares antiguos, desborda de su propia intención consciente y surge por debajo de lo buscado algo mucho más logrado

(1) El Centro Interamericano de la Vivienda Económica, al iniciar sus cursos quiso que algunos profesores de la Universidad Nacional expusieran a los estudiantes una visión sintética de ciertos problemas americanos.

Con este título agrupamos dos de las conferencias pronunciadas en el Centro por el Director de esta revista y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y por el Secretario General de la Universidad, profesor de Sociología.

CIVILIZACION DE HELICOPTEROS

que representa impulso auténtico que engendró el glorioso período. Por esto vemos que ni los pintores, ni los escritores, ni la arquitectura, ni la escultura renacentistas son genuinamente clásicas, es decir, clásicas en el sentido helénico y latino que querían expresar.

La antigüedad circundaba todas sus acciones en el marco del Mediterráneo. Este hermoso mar había sido ya demasiado inmenso para la visión del poeta de la Odisea; y por eso Ulises limita su genio navegante dentro de espacios aún más estrechos que los que el propio Mediterráneo comprendiera. Sólo el fenicio se atrevía en la más remota antigüedad de la cultura europea, a llegar hasta las costas de Tartesos y a salirse quizás de las columnas de Hércules para buscar en la lejana Britania el codiciado estaño.

El hecho es, sin embargo, que ya para la época de la madurez de la cultura antigua, el Mediterráneo todo estaba domeñado, por así decir, y sus costas eran minuciosamente trasegadas por el guerrero y el comerciante, el poeta y el aventurero. La imagen geográfica del mundo conocido, único que por lo demás interesaba, resultaba igualmente una imagen nítida y precisa, limitada en sus contornos y abarcable casi por el ojo de sus expertos marinos.

Esta imagen geográfica del mundo antiguo determina en mucho su concepto del arte. Sabemos del horror que la cultura griega alimenta ante lo ilimitado, ante el propio concepto de infinito. La infinitud es para el griego de la época de Aristóteles algo negativo, un defecto, una desvalorización. El ser perfecto como la obra perfecta cuentan con sus límites. La forma lo es todo para el pensamiento y el sentimiento del mundo clásico.

Y ese sentido de la forma es el que quiere hacerse revivir en el primer Renacimiento y en las postrimerías del siglo XV. Mas ya habían ocurrido muchas cosas: En primer lugar, mil quinientos años de cristianismo que postula un Dios infinito y un infinito amor, y luego las Cruzadas, las catedrales góticas y la extensión de la cultura hacia lejanas tierras en el norte de Europa, los Vikingos, los germanos, los sajones.

Existen, pues, multitud de elementos constitutivos de la cultura occidental que hacen imposible el Renacimiento en su intención primera. Pero lo que revela todavía más la imposibilidad

intrínseca de ese pretendido retorno al mundo antiguo, es el descubrimiento de América.

Hay que pensar en lo que debió significar para el hombre de entonces el que de la noche a la mañana su imagen del mundo se desfigurara tan portentosamente, hasta el punto de que por el estrecho de Gibraltar resultara vaciándose el contorno mediterráneo y creándose una gigantesca bolsa sin límites concebibles ni imaginables. El descubrimiento de América es el aguafiestas del Renacimiento.

Pero el sentido de la forma impera todavía en la mentalidad europea. No es sino advertir cómo el propio viaje de Colón obedece a la idea de que la tierra es redonda, de que es más fácil llegar a las remotas Indias por el occidente que siguiendo las viejas rutas de los navegantes hacia el país de las especias. Con todo, la forma que impone el período de los viajes y que culmina con el de Magallanes para demostrar objetivamente la adivinada redondez de la tierra, es todavía una forma inaprensible, incaptable e inmanejable por el hombre de entonces. De ahí que surja, esa como expresión de la angustia ante la forma no captada, todo el arte y el pensamiento del barroco.

Durante tres siglos, del XVII al XX, la cultura europea lucha tesoneramente por tomar contacto con esa imagen limitada del planeta que lo sabe esférico, pero que apenas lo alcanza a percibir sensiblemente. Han sido necesarias dos guerras mundiales en la primera mitad de esta centuria, para que el hombre de nuestra modernidad descansa tranquilo en la imagen limitada del propio universo que le sirve de habitáculo.

Y es en estos tres siglos en los que se desarrolla la historia de América, siglos de incertidumbre y de inquietud, de insosegada aventura en el pensamiento y en la acción. De donde se infiere que la interpretación que pueda pretenderse de la historia americana tiene que tomar como telón de fondo ese incierto período barroco que nos domina hasta nuestros días.

No hablemos de la América precedente a la venida de los conquistadores. Con la Conquista, América ingresa en la historia universal, si bien este ingreso puede considerarse como la entrada de una cabra en un salón. Pero mirando bien las cosas, no es América la que se introduce en la historia, sino el europeo el que, al venir a América, cambia de escenario y con el cambio de escenario se muda igualmente su conocido andar dentro del

proscenio histórico a que venía hecho por milenios de tradición cultural.

¿Y cómo llega el europeo a América? La técnica moderna nos proporciona una imagen para responder esta pregunta. El europeo llega a América como el helicóptero a la selva. No todo era selva en América, pero el europeo así lo creía. Qué le vamos a hacer. Han sido necesarios cuatro siglos de su advenimiento a estas regiones, para que nazca el interés por las culturas aborígenes, por sus monumentos y sus costumbres. Durante cuatro centurias, si alguna vez miró con cariño al indio americano, fue como objeto pintoresco, como elemento natural en el que incluso se podía engendrar una raza formada sin embargo con la ligereza con que se engendra un hijo en un "vagus concubitus".

Cultura de helicóptero es la expresión más tangible de lo que hasta nuestros días ha significado el aporte europeo a nuestra historia.

Empecemos por hablar de los inmigrantes. Todos eran gentes desadaptadas en el viejo solar europeo; carecían de arraigo por el crecimiento natural de la población del viejo mundo, y no tenían allí oficio ni beneficio. No vamos a decir que fueran prófugos de cárcel segura o presidiarios que huían de la justicia. Pero es ingenuo pensar que decidieran el salto del océano los que mejor se hallaban en las ciudades metropolitanas. No. Nuestros antepasados no eran tampoco gente reclutada entre la población campesina. Debieron ser, por el contrario, seres cansados por el largo vivir en las urbes superpobladas.

Poseían sin duda el más alto coraje para el viaje tremendo, mas este coraje no se compadece con la sencilla fuerza del hombre del campo, que es siempre sedentario y ajeno a la aventura. A los conquistadores de América los habían formado las más viejas células de sus remotos abuelos, mientras sus padres todavía moraban en las ciudades y poblados. Era un salto atrás de la sangre, pero un terrible cansancio de espíritu.

El conquistador, como en menor medida, más tarde, el colono, fue siempre el producto fuerte y enérgico de una gran senilidad cultural; la raza podía estar intacta, pero la cultura se agitaba en ellos en incontrastable decadencia.

Ahora bien, una cultura de decadencia es siempre una cultura de recuerdos y añoranzas. Por eso el europeo que arraigó entre nosotros y formó sus hijos en las indias, creó su hogar y

su riqueza, siguió sin embargo perteneciendo a la vieja tradición espiritual que en su mente y en sus hábitos había traído consigo. Tradición ya cansada y sin capacidad de reconstruirse a sí misma.

Esta es la razón por la cual la cultura americana sea hasta hoy una acumulación de supervivencias hace tiempo superadas en el viejo mundo y, al tiempo mismo, de retazos de cosas nuevas que nos llegan por la vía del helicóptero, es decir, que se posan y prontamente levantan el vuelo desapareciendo sin dejar huella.

¿Y si esto es lo que trae el europeo a nuestro continente, qué encuentra, en cambio, aquí? El aborigen ya había encontrado su contorno, ya había hallado sus paisajes y en la vista de ellos construyó su conglomerado social, su peculiar ámbito cultural. Pero el conquistador era otro hombre. No era de esperar que lo que al indígena enamoraba en materia de geografía sentimental, enamorase igualmente al europeo habituado a una imagen tan domesticada de la naturaleza como la que le servía de marco en su remota patria. En América el europeo no veía más que la selva, y no quiso voluntariamente ver más que la selva. Tal vez creyera que no justificaba la inmensa hazaña de venir acá, para repetir en nuestras tierras la casa, el poblado y la comarca que dejaba atrás, en su gran designio de riesgo y aventura por las tierras recién descubiertas.

Si el europeo no hubiera encontrado la selva en nuestro continente, él mismo la habría inventado. No otra era la más honda razón de su viaje.

Y el europeo, emergido del gran barroco, hace de América un país selvático. No quiso establecer centros metropolitanos de tupida población, de densidad demográfica en torno de las cuales quedara la colonia, el territorio colonial de donde servirse como de una colosal despensa para sus necesidades materiales. Con extraña voluntad de selva decidió que todo fuera selva en torno suyo. De ahí la trashumancia constante del conquistador y del colono, su falta de arraigo en parte alguna. Esta la razón también para que no exista en América la campiña domesticada, que es el obligado paisaje de todas las gentes de Europa.

Inspirado por esta actitud, se ha engendrado así el actual hombre americano, cuyo ritmo vital es de tan otro estilo al del

européo. No que sea más rápido ni más lento que el del habitante del viejo mundo, sino que se mueve versátilmente, como en zigzag, sin que en forma alguna pueda seguirse el paso.

El americano no tiene por delante más que la selva, y de ahí que su andar busque, no los caminos largamente fatigados por el recorrido de todos los días, sino lo no transitado, lo nuevo en absoluto.

Entonces nadie debe extrañar que aquí no haya todavía tradiciones auténticamente americanas, pues éstas no se alimentan sino a base de una naturaleza sometida que siempre ostenta unas mismas posibilidades e iguales derroteros.

Pero aquí, precisamente, resulta la contradicción. Contrastando lo que el conquistador trajo a América, con lo que aquí halló, vemos de un lado la añoranza de la cultura dejada atrás y la voluntad de selva que se quiere mantener en la tierra que lo ha recibido. No puede divorciarse de las viejas creencias y doctrinas de allende los mares, mas tampoco desea crear en América el escenario que le fuera adecuado.

Planteadas así la contradicción, ella misma desaparece: precisamente porque no hay viva evolución en el espíritu del europeo y porque su voluntad es la de mantener el legado recibido para el largo viaje en toda su pureza, es también por lo que al llegar a América no aspira a ver en ella más que un transitorio paso que le impide "enamorar de un paisaje", y establecer en él una adecuada morada para el espíritu vivo, para el espíritu que se mueve y agita en el continuo construir que le es propio.

Esta actitud del abuelo que conquistó estas tierras, expuesta en la cruda forma que se ha visto, tiene que ser aprovechada históricamente con todos sus defectos y las ventajas que ella misma ofrece. Pero ello será objeto de otros estudios. Por de pronto, miremos a lo que ha quedado en Europa y cuáles son las relaciones que con la madre nutricia de nuestra cultura, ha mantenido el hombre americano.

En primer lugar, el descubrimiento de América traumatizó en tal forma al europeo que ya no tuvo nunca paz. Silenciosa o expresamente el europeo mira a América como el continente de la esperanza; es para él la hacienda distante a la que recurrirá cuando ya se agote el capital de consumo en la ciudad próspera. El europeo actúa ante América como el ausentista del gran capitalismo rural. En alguna forma, la considera obra suya y sabe

que será su último recurso, cuando la catástrofe arruine su casa solariega.

Por haber descubierto a América perdió la seguridad de su cultura y de su tesoro espiritual. Desde el siglo XVI Europa siente la codicia de América, como América la nostalgia de Europa. Al romperse la unidad de su marco geográfico representado por el Mediterráneo, perdió también la unidad de su espíritu.

No es un azar que la gran unidad religiosa de Europa se escinda igualmente cuando América se levanta en su horizonte de ambiciones. Y tras de romperse la fe se quiebran en mil pedazos la ciencia y la filosofía, la unidad política y la concepción del mundo.

El europeo que quedó en Europa ha producido desde la conquista de América más sistemas filosóficos que todos los que proliferaron desde Parménides hasta Tomás de Aquino; nunca como entonces ha habido tantas escuelas literarias, tantas corrientes artísticas, tantas revoluciones ideológicas y políticas. Allí cada generación reemplaza lo que la antecedente construyó, cada hijo sustituye el culto de su padre.

Toda esta inquietud no tiene otra raíz que la gran hazaña de los conquistadores; todo lo que desde entonces se hace en Europa sólo resulta un sustituto del afán aventurero despertado durante el período de los grandes viajes. El viejo mundo desea descubrir más y más, y es así como al cabo de cuatro siglos desde el gran paso de Colón, ya todo el orbe se encuentra bajo el puño de hierro de los nuevos conquistadores y . . . en los mapas de los geógrafos.

Pero decíamos que el europeo venido a América y aquí malamente arraigado, continuó siempre con el oído atento al pensamiento de ultramar. Mas como no lo vivía, ni ese pensamiento ni esas formas culturales nacían bajo su inspiración, entonces ocurrió lo que no podía ser de otra manera: que el americano de cultura europea, por más que viviese una vida colonial, una vida pendiente de la metrópoli, siguió conservando como vigentes las formas que había traído consigo en su desplazamiento. Esto hace de la cultura americana una cultura de supervivencias. Sobrevivientes que murieron hace mucho tiempo en el viejo mundo en que nacieron y aquí tienen la vida de los animales conservados en glaciares. Inerte vida pero fresca, con la frescura de los

recuerdos persistentes, que no por ser frescos dejan de ser recuerdos.

*

* *

Hasta aquí hemos mirado a América como una unidad. Hemos englobado en nuestra visión a la América del Norte como a la del Sur, a los pueblos sajones de más allá del río Bravo, como a los pueblos latinos de México hasta la Patagonia.

Pero si hay algo que salta a la vista en América es esta polaridad entre el norte y el sur, entre el yanqui y el latinoamericano. Aparentemente y para una mirada superficial podría radiarse toda la diferencia en el solo aspecto del idioma, asignando a los del norte el inglés, y a los del sur el español y una lengua tan afín al español como es el portugués.

Y se fundaría esta opinión en que Norteamérica no es hoy por hoy un pueblo de raza exclusivamente sajona, sino un crisol donde todas las razas tienden a fundirse, ya que allí latinos conviven con esclavos y semitas con iguales honores y dignidades a los de los descendientes de los primeros ingleses.

Descontada la actitud fundamental que hemos descrito como propia del hombre europeo venido a América y de sus descendientes, actitud que es común al norte y al sur, al sajón y al latino, surgen con caracteres definidos las dos porciones geográficas apenas hoy unidas por una lengua de tierra harto estrecha, que a principios del plioceno fue más extensa, pero que antes, en el mioceno, no existía en forma alguna, mostrando las dos porciones totalmente separadas.

Es, pues, como diría un geólogo, de raíces abisales la diferencia que presentan los pueblos del norte ante los del sur. Y si no fuera por su común origen cultural en la Europa cristiana, muy poca analogía encontraríamos entre las dos poblaciones, como lo era ya escasa entre los aborígenes anteriores al descubrimiento.

Razones, sin embargo, de orden típicamente humano y no simplemente geográfico, fundan esa diferencia entre la protestante Norteamérica y la católica América Latina, entre el tecnificado país del norte y el moroso pueblo que habita al sur de Arizona y Nuevo México.

La razón fundamental estriba en la manera de realizar las dos conquistas, la conquista inglesa y la conquista española. La

conquista sajona venía en pos de la tierra, al par que la conquista española buscaba dos cosas contrarias pero igualmente extrañas a la tierra: el oro y la propagación de la fe.

No importa que la tierra perseguida por el afán inglés fuera mirada como la selva, según se ha establecido atrás. Pero el conquistador del norte se interesaba por ella en la misma medida que su naturaleza es pragmática y positivista. El sajón, lo que primero advierte, es lo que el contorno le puede deparar. Y la exuberante naturaleza de Norteamérica se le ofreció como una esclava dadivosa. En Europa se estaba complicando todo extrañamente: la patria se hacía estrecha, la población aumentaba de día en día, el pensamiento religioso y el filosófico habían llegado a tal extremo de complejidad y sutileza que desentrañarlo era labor de genios.

El inglés adora su hacer y en el viejo mundo el hacer era todos los días más interferido por cuestiones políticas y refinados problemas filosóficos. Por otra parte, el inglés y en general el europeo del norte, el de los países protestantes, cuando llega a América cree encontrar allí la libertad de espíritu y conciencia que su rebeldía contra la Iglesia Romana le impone. En Europa por todas partes se le presenta el templo católico que le recuerda ese odioso intermediario entre su conciencia y la divinidad, y aquí, en la virgen América, él mismo podrá construir iglesias que en nada rememoren la época en que su fe estaba uncida a una jerarquía religiosa y política con centro y cabeza en Roma.

Como la lucha que dejaba atrás, aunque ya no fuera exclusivamente religiosa, sino de carácter filosófico y político, había sido oriunda de escisiones por causa de la fe, el inglés colonizador no quiere oír hablar más de todo eso y dedica entonces todos sus esfuerzos al dominio de la tierra, al dominio de la naturaleza, es decir, a la técnica.

La técnica es la prueba de la verdad; el resultado que provoca el manipuleo de la naturaleza está diciendo que eso es verdadero, y nada más hay que hablar.

Mas si se mira bien, el omnivalente empleo de la técnica que el norteamericano impone a todo su régimen de vida, está diciendo hasta dónde ha sido lejano el contacto que el hombre del norte posee con esa misma tierra que someta a sus máquinas. La máquina es el mayor impedimento para que el hombre se acerque a sus materiales de trabajo. Inglaterra no ha conocido

ese uso desmedido de la máquina que impera en los Estados Unidos, justamente porque el europeo conserva de los viejos operarios medievales la tradición del respeto a la mano de obra y del contacto directo de la mano con la nobleza de los elementos.

Toda la técnica que desarrolla Norteamérica y que la coloca en este orden, en la cima de la civilización material, no es en el fondo más que ese desprecio a la tierra que en un principio tentó a sus conquistadores. Pero del otro lado, el desprecio a la tierra no significa una actitud escatológica, sino un despego por el nuevo albergue que es América, en oposición a su añorada campiña europea. Una vez más se ve claro, cómo todo en América es civilización del helicóptero.

Por distintos caminos, el español se adentra en América. Nada le interesa la tierra que perciben sus ojos, ni sabe del reclamo amoroso que ésta le hace para que la posea. Su misión no es terrenal. Ha ocurrido en España algo muy grave: la unidad española se ha realizado con el matrimonio de Isabel y Fernando, y el español no entiende cómo una cuestión puramente política pueda unir a gentes tan distintas como castellanos y aragoneses, meridionales y vascos, andaluces y gallegos. El español que es un ser de una pieza, se había sentido como cristiano unido a los que luchaban contra la morisma, pero una vez vencido el moro, se le ocurre una enormidad el que pretendan unirlos todavía por cosas aún más artificiales como la política. El español se hace entonces un hombre errante. Contra su despecho, busca lo mismo que causa su despecho. Ya no deseará vivir más en sus tierras regidas ahora por un gobierno central que nada sabe de lo más peculiar de sus hábitos y costumbres. Pero si es necesario pertenecer a esa unidad política, es menester también buscar lo que a todos une. Y en España, lo que a todos une es la fe, y en la época crematística, económica, que por entonces aflora, lo que a todos une es el oro.

Oro y difusión del cristianismo es lo que al español trae a América. Y la sed de oro va arruinando cada vez más a España, en sus industrias y en su agricultura, pero en cambio la difusión del cristianismo deja en América el más logrado recuerdo de la cultura española.

La conquista del oro no podía dejar en América establecimientos durables de carácter material, y como había escaso interés por la tierra, la técnica tampoco podía florecer.

En cambio, la fe católica que tiene que expresarse en símbolos sensibles y visibles, como representación del cuerpo místico de la Iglesia, construyó nada menos que los poblamientos americanos, inicialmente todos levantados en torno del campanario. Y la aldea engendró más tarde la ciudad latino-americana, tan visiblemente distinta de la gran urbe yanqui.

Pero el espíritu urbano expresa más genuinamente a la América toda que la índole de nuestros campesinos. No quizás pueda decirse lo mismo de Europa. Mas la razón radica en que, como insistíamos al principio, el hombre americano sigue siendo un añorante de la cultura europea, y es natural que ese espíritu se cultive mejor en la ciudad que en el campo. Por una razón harto sencilla: porque en las culturas coloniales, en tanto se es colonia en cuanto menos se quiere mirar a la tierra que se cultiva para disparar todo el interés a la metrópoli de donde se emigró. El campesino americano, por fuerza de su contacto con la tierra, tuvo que olvidar aun contra su voluntad el viejo solar europeo; pero en la ciudad se mantiene vivo ese recuerdo, entre otras cosas porque el hombre urbano de América sólo cree serlo cumplidamente en cuanto cree asemejarse a Europa.

Así las cosas, aparece también al punto la diferencia, y la razón de la diferencia, entre el hombre urbano del norte y el del sur, entre la ciudad latino-americana y la del norte.

La ciudad del sur es poco populosa, su vida discurre en la sociabilidad de las aldeas, aun cuando posee millones de habitantes; su crecimiento es horizontal. La mentalidad ciudadana recuerda más a la Roma de la República que a la del Imperio. El latino es por naturaleza social, y por ello puede darse el lujo de ser un tanto anárquico en su vida de relación; la autoridad que lo gobierna hace parte tan natural del conglomerado que por la misma razón es tratada a veces con excesiva confianza, irrespetada y vejada muchas veces, pero nunca sinceramente despreciada.

En cambio la tentacular ciudad norteamericana es la expresión genuina de la sociabilidad forzada. Allí todo el mundo ayuda a todo el mundo, pero no por real espíritu de comunidad, sino por la conciencia de naufrago que a cada cual acompaña en las grandes aglomeraciones sin espíritu; ayudar al vecino o al transeúnte es contribuir a salvar a un naufrago extendiéndole su propia tabla para que forme balancín. Por eso las ciudades ameri-

canas, yanquis diré mejor, crecen verticalmente, porque la forma mejor de huír de la sociabilidad es huír del vecino, y el vecino de arriba o el de abajo, no lo es tanto como el que está al lado. Y es que en el fondo de todo sajón, por su no remota sangre germánica, late el indomable teutónico, dueño él solo de su destino, para quien la autoridad es una carga que le viene de fuera, tanto más apetecida y respetada, venerada y reverenciada, cuanto su espíritu es más anárquico y adivina hasta dónde sería su peligro si ésta no existiera.

Este doble concepto de la autoridad explica igualmente a las dos formas en que se desarrollaron las guerras de emancipación.

La revolución en Norteamérica no fue originariamente por la libertad sino por la independencia; al contrario precisamente de lo acontecido en la América Latina. Entre nosotros, la idea de la libertad, de la igualdad de derechos con el español presidió todas las hazañas de nuestros criollos insurgentes; que más tarde aquella aspiración condujera a defender el ideal de independencia del gobierno peninsular era cosa dialécticamente explicable, mas no estaba en las intenciones de los primeros patriotas. Y es porque, para el latino, la autoridad cuenta mucho y ningún afán hay en sacudir su peso, si él se compadece con la natural aspiración de sociabilidad.

En cambio, el norteamericano no buscaba primordialmente la libertad que ya tenía, sino la emancipación, es decir, la organización de su propio gobierno, de tan vital interés para el que mira en la autoridad un enemigo, en principio, pero necesario a la larga, en la misma medida en que sin ella, la propia libertad que tanto se apetece desaparecería irremediablemente.

A grandes rasgos, este es nuestro pasado que estamos liquidando en estos mismos días que vivimos. Y sobre lo que nos reste de este concurso de acreedores, formado por el aborigen y el europeo, el hombre verdaderamente americano, el de hoy, edificará su porvenir.